

do á los griegos, á fin de reunir toda la Italia bajo sus leyes. Pareció que la fortuna le ofrecía ocasión de realizarlo.

Hemos dicho que Leon el Isaurio publicó un edicto para prohibir el culto de las imágenes, y que Gregorio se había opuesto á él en calidad de tutor de las creencias sancionadas por la Iglesia. Irritado Leon, envió orden á Pablo, exarca de Rávena, de que marchara sobre Roma y depusiera al pontífice (726), quien en cambio fulminó excomunión en contra del emperador; y escribió á los longobardos, á los venecianos, á las ciudades y á los principales duques, á fin de que permanecieran firmes en la fé, y rechazaran las innovaciones impías.

Entonces se vió con cuanto fundamento pudo escribir el pontífice al mismo Leon: *Todos los occidentales tienen fijos los ojos en nuestra humildad, y nos consideran como un Dios sobre la tierra.* Con efecto, los longobardos negaron el paso al ejército enemigo; el pueblo de Rávena se sublevó contra el econoclasta, y en su furor asesinó al exarca en unión de todos los que se habían mostrado hostiles al culto de las imágenes. Otro tanto hicieron los napolitanos, cuyo duque, Exilarato, que llegó allí para asesinar al papa, fué muerto juntamente con su hijo por los romanos (728), quienes se habían insurreccionado con objeto de defender en la persona del pontífice su religión y sus franquicias, expulsando de la ciudad al gobernador griego. Cunde el levantamiento en la Italia imperial de extremo á extremo; caen por tierra las estatuas del Isaurio, y hallándose la población de acuerdo en no tener nada comun con los griegos, temidos como tiranos, despreciados por débiles, aborrecidos como herejes, se eligieron magistrados nacionales en lugar de los que venían de Constantinopla y de Rávena, y se decide que para hacer la guerra á Leon, se nombre á un emperador que tenga su residencia en Roma.

Esta era una de aquellas revoluciones que salen victoriosas porque son determinadas por el sentimiento de la religión y de la justicia, no por sutilezas que es incapaz de comprender el pueblo, y de que no tiene que esperar ninguna ventaja. Cada cual se arma para su defensa, apartándose del pecado y negando el pago del impuesto; y no se derrama más sangre que la que es difícil de ahorrar en los prime-

ros momentos de una conmoción popular que se aspira á comprimir.

Fué tan extraña la ambición de los papas á este movimiento espontáneo, que Gregorio II intercedió en favor de Leon con la esperanza de que volvería á la senda de la verdad. Por su solicitud la autoridad imperial fué conservada en Roma y restablecida en Nápoles, aunque adquirieron allí más fuerzas las instituciones municipales, y por consiguiente la autoridad de los pontífices subió de punto. Nobles, cónsules y pueblo recuperaron el derecho de intervenir en los negocios públicos, cuando se reunieron en asamblea para condenar la opinión que Leon quería imponerlos. Civita-Vecchia fué fortificada, y se celebró una alianza con los longobardos en nombre del ducado romano, al mismo tiempo que se conservaban las apariencias de sumisión á la persona del emperador.

Luitprando se aprovechó de estas turbulencias (727) para asaltar y ocupar á Rávena, Bolognia y la Pentápolis. Pero los venecianos, cuyos socorros reclama el papa contra los bárbaros, envían al dux Orso, quien cae sobre el rey longobardo, le bate, hace prisionero á su sobrino, y restablece en Rávena, de donde expulsa el enemigo, al eunuco Eutiquio, enviado desde Constantinopla para ejercer en esta ciudad las funciones de exarca. Había esperado Luitprando que la reciente ofensa tendría más influjo en el ánimo del pontífice que el bien de la península. Engañado en su esperanza, se irrita á causa del mal éxito de su tentativa y celebra la paz con Eutiquio, prometiendo prestarle ayuda para someter á los recalci-trantes, á condición de que le dé auxilios contra los duques de Espoleto y de Benevento, sublevados en favor de Roma. Habiendo coronado el éxito la empresa, se adelantan juntos los dos ejércitos sobre Roma, á fin de castigarla de opuestos desmanes: uno, de haber desobedecido al emperador, otro de haberle permanecido fiel. Prestándose el papa en el campamento, manifestó á Luitprando cuán poco le convenía estar aliado con los griegos, lo cual conmovió el corazón del rey hasta tal punto que se echó á las plantas del pontífice, prometiendo no causar daño á nadie. Dirigióse en unión del papa á la basílica del Vaticano, donde depositó sobre las urnas de los santos apóstoles su man-

to real, sus manoplas, su loriga, su puñal, su espada de oro, su corona de oro, su cruz de plata, dejándolo todo en calidad de donativo.

A pesar de todo quedaron anudadas entonces las antiguas relaciones entre los griegos y los longobardos, si bien el emperador de Constantinopla no cesó de mortificar á los pontífices un solo instante. El sirio Gregorio III (731), no ménos enérgico que su antecesor, no pidió su confirmación al exarca, se opuso á los edictos que proscibían las imágenes sagradas, y exhortó arduosamente al emperador con el firme propósito de que los derogara. Posteriormente, cuando le vió obstinarse en su error, congregó un concilio en que por unanimidad de votos fueron excluidos de la unidad de la Iglesia aquellos que hicieran pedazos los simulacros piadosos.

A fin de vengarse publicó el emperador un edicto por el cual arrancaba de la autoridad del metropolitano de Roma, y sometía á la jurisdicción del de Constantinopla las iglesias de Nápoles, de la Calabria, de la Sicilia y de la Iliria; en seguida envió una numerosa escuadra destinada exclusivamente á asegurar el exacto cumplimiento de sus órdenes; pero una violenta tempestad la dispersó en el golfo Adriático. Abordaron á Rávena los restos de dicha escuadra, con el pensamiento de entrar la ciudad á saco, aunque habiéndose apercibido de ello el pueblo por avisos que llegaron á su noticia, corrió á las armas y repelió á los griegos, cuyos buques echó á pique. Este fué el último esfuerzo tentado por los emperadores y dirigido á conservar á Italia.

Libre el papa de este peligro, tardó muy poco en caer en otro nuevo. Efectivamente, Luitprando, á quien se le había dado por colega su sobrino Hildebrando, volvió á poner por obra sus antiguos proyectos, y en su consecuencia penetró en el ducado romano. Hízose allí dueño de las principales plazas y amenazaba á Roma, cuando viendo Gregorio que no había que esperar ningun medio de salvación de sus propias fuerzas, no aguardándolo tampoco por parte de los griegos, se decidió finalmente á recurrir á un príncipe bárbaro. Así fué que envió á Carlos Martel embajadores con numerosos y ricos presentes, y entre otros las

llaves del sepulcro de San Pedro, y una carta concebida en los términos siguientes:

«Gregorio á su excelentísimo hijo Carlos, teniente del rey (*subregulus*) de Francia.

»Gemimos en una profunda afición al ver abandonada la Iglesia por aquellos de sus hijos que deberían consagrarse á su defensa. El pequeño territorio de Rávena, único que nos quedaba el año último para subvenir al mantenimiento de los pobres y al alumbrado de la Iglesia, ha sido acometido á sangre y fuego por Luitprando é Hildebrando, reyes de los longobardos. Han arruinado los dominios de San Pedro, robado el ganado y talado las cercanías de Roma.

»Tampoco hemos recibido de tí, excelentísimo hijo, consuelos de ninguna especie; y sabemos que en vez de pensar en poner remedio á estos males, prestas más fé á los príncipes que son causa de ellos que á la verdad que exponemos á tus ojos. Rogamos al Atísimo que no te castigue por semejante pecado; más ¿no oyes por ventura las burlas de los que nos dicen: *Dónde está aquel Carlos cuya protección imploras? Venga en buen hora y sálvete si puede de nuestras manos con sus temibles francos.* ¡Cuán inmenso dolor se apodera de nosotros al oír estas reconvenciones, cuando vemos á hijos tan poderosos de la Iglesia no mover siquiera el dedo para defenderla y vengarla de sus enemigos! Bien podría protegerla el príncipe de los apóstoles armado de su poder inmenso; pero quiere probar en tiempos tan calamitosos el corazón de sus hijos. No prestes, pues, crédito á esos reyes cuando acusan como culpables á los duques de Espoleto y de Benevento; su única culpa consiste en no habernos querido atacar contra la fé el año pasado. Por lo demás obedecen plenamente á los reyes: sin embargo, se les quiere despojar de su categoría y desterrarles para subyugar á la Iglesia sin obstáculo alguno y hacerla esclava.

»Envíanos uno de tus fieles servidores, incorruptible á la vista de los regalos, al rumor de las amenazas, á la seducción de las promesas; que vea con sus propios ojos nuestras persecuciones, la humillación de la Iglesia, las lágrimas de los peregrinos, la ruina de nuestro pueblo, y te dé cuenta exacta de todo.

»Te exhortamos por el juicio de Dios y por

la salvacion de tu alma á socorrer á la Iglesia de San Pedro y de su pueblo y á desviarte de esos pérfidos reyes. Por el Dios vivo y por las llaves de San Pedro que te envió en señal de reinado (*ad regnum*) apresúrate á acudir en nuestro socorro; haz resplandecer tu fé, y aumenta de esta manera el renombre que ya te has conquistado en el mundo, á fin de que el Señor te oiga tambien en la tribulacion, de que el nombre del Dios de Jacob te proteja, y de que podamos orar en paz día y noche al Eterno por tí y por todo tu pueblo sobre el venerado sepulcro de los santos apóstoles Pedro y Pablo.»

Fácil es de suponer que el portador de esta carta habia recibido instrucciones verbales, á fin de entenderse con Cárlos para hacer pasar del imperio á su persona la soberanía de Roma. Pero nada existe que corrobore esta opinion. Tuvo el papa que dirigir nuevas instancias á Cárlos, quien acabó por enviar embajadores á Luitprando; pero mientras se estaba en negociaciones murió el papa, el emperador y el alcalde del palacio (741).

Zacarias, que fué elevado entonces á la Santa Sede, era griego, generoso y amigo de la paz y de la concordia. Habiéndose dirigido personalmente á Terni, supo inclinar al rey longobardo, en fuerza de benevolencia y de dulzura, á prometer la restitucion de las ciudades de que se habia apoderado; Trasamundo, duque de Espoleto, se vió desamparado por los romanos, lo cual le impulsó á entregarse á Luitprando, quien le encerró en un monasterio. Gregorio, duque de Benevento, fué asesinado en un tumulto del pueblo, en el momento en que aspiraba á salvarse huyendo á Grecia. Luitprando donó los dos ducados á dos de sus deudos; quebrantando con posterioridad sus promesas, retuvo en su poder todas las ciudades que habia ocupado, y hasta invadió nuevamente el exarcato. Pero el papa se condujo con tanto acierto, que al fin logró restablecer la paz.

Cuando cesó de vivir Luitprando (744), depusieron los longobardos á Hildebrando, su colega, y tomaron por jefe á Rachis, duque de Friul. Tardó muy poco en llevar la guerra al seno del exarcato. De nuevo intervino el papa, y no sólo se le hizo renunciar de su empresa,

sino que tocó hasta tal punto su alma, que sin demora fué á encerrarse en union de su mujer y de su hija al monasterio del monte Casino, que á la sazón acababa de ser reedificado, y á donde se habia retirado muy poco tiempo antes Carloman de Francia (749).

Astolfo, hermano de Rachis, encumbrado al trono por el voto público, comenzó de nuevo las hostilidades contra los priegos, y como hábil guerrero, las condujo con tanta fortuna, que habiéndose hecho dueño en dos años de la Pentápolis y del exarcato, trasladó la capital de su reino desde Pavia á la ciudad imperial de Rávena. Refugióse en Nápoles el exarca Eutiquio, y fué el último que gobernó la Italia griega, donde las posesiones, que aún quedaban al imperio, se redujeron á las dos *themas* (provincias) de Sicilia y de Calabria. Al mismo tiempo los duques de Nápoles, de Gaeta, de Bari y de otras ciudades, permanecieron casi independientes, bajo la supremacía nominal del estratega de Sicilia.

Hubo de parecer á Astolfo la posesion del exarcato motivo bastante para artibuirse todas sus dependencias, inclusa la misma Roma. En su consecuencia intimó al Senado y al pueblo romano que le prestaran obediencia como soberano de Rávena, intimacion que apoyó con un ejército numeroso. A fuerza de presentes y de súplicas pudo inducirle Estéban, que habia sucedido al papa Zacarias, á consentir en una paz de cuarenta años; pero apenas habian transcurrido cuatro meses, la rompió é impuso un tributo anual á los romanos, hasta el momento en que fuera de su agrado incorporar este ducado á su reino. En un principio recurrió el papa á los ruegos, y guió en Roma una procesion, en la que caminando en persona con los piés descalzos, llevaba en la mano una de aquellas imágenes de Cristo, que no estaban hechas por mano de hombre. Cubierto el pueblo de cenizas y prorumpiendo en sollozos iba detras de una cruz, de la cual estaba colgado el tratado de paz violado por los longobardos. Estéban envió inmediatamente al abad del monte Casino y á otros sacerdotes cerca de Astolfo para inclinarle á mejores disposiciones; pero este príncipe los trató con desden marcado, intimándolos que regresaran á sus conventos, sin volver á ver siquiera al papa. El emperador

Constantino Coprónimo, que en su testarudez por abolir las imágenes no habia cesado de atormentar al pontífice, en virtud de cuyos buenos oficios se habia conservado su autoridad en Italia, no adoptó entonces otra medida que la de enviar al silenciario Juan con cartas. El papa hizo conducir al enviado á Rávena por su propio hermano, encargándole suplicar de nuevo á Astolfo que consintiera al fin en ceder el exarcato á los griegos, restituyéndoselo sin tardanza. Todas estas fueron tentativas infructuosas. Despues de semejante paso continuaron todavia con más calor los armamentos y las amenazas. Otra vez quiso Estéban escribir al emperador para que se resolviera á correr en defensa de la Italia; pero se hallaba ocupado en abolir el culto de las imágenes y en dar muerte á los monjes que las defendian, y le placia más esta ocupacion que la noble empresa de hacer frente á los longobardos y á los sarracenos, resignándose á llevar siempre la peor parte con enemigos contra quienes habia necesidad de emplear otras armas que las de los silogismos.

¿Qué más podia hacer el papa? Acordándose de Gregorio III, recurrió á Pepino, duque de los franceses, prestándole más benévolo oído que lo habia prestado Cárlos Martel, envió al duque Autharis y á Crodegang, obispo de Metz, á fin de invitarle á que cruzara los Alpes. Con objeto de tentar el último esfuerzo se encaminó el papa, en union de los embajadores francos y del silenciario Juan á la corte longobarda, sin que por eso consiguieran alterar en lo más mínimo la firme é irrevocable resolucion de Astolfo. Por segunda vez se dispuso Juan á regresar á Oriente sin haber alcanzado cosa alguna, y el papa emprendió su viaje con direccion á Francia, en cuyo territorio fué recibido con aquella cordial veneracion, con aquel sincero respeto que otorga constantemente el pueblo á la virtud perseguida.

CAPITULO VII

Carlo-Magno. — Fin del reino longobardo.

Al morir Pepino, repartió el reino entre sus dos hijos, en conformidad á la antigua costumbre, que señalaba á cada uno de ellos una porcion igual del país franco y del territorio ro-

mano. Cupieron en suerte á Carloman la Austrasia y la Borgoña, y á Cárlos la Neustria y la Aquitania. El primero fué coronado en Soissons; Cárlos ó Karl, cuyo nombre recibió posteriormente la adiccion de *Magno*, grande, tomó en Noyon las insignias reales. A su advenimiento fué de nuevo sublevada la Aquitania por Hunoldo, padre de Waifro, quien despues de haber permanecido veintitres años en un convento para expiar allí el asesinato de su hermano, salió entonces para vengar la muerte de su hijo. Impaciente el país bajo el yugo germánico, se apresuró á proclamarle, y algunas semanas bastaron para consumir la pérdida de una provincia que habia costado á Pepino ocho años de guerra.

En el momento de partir Cárlos para apagar aquel incendio, pidió socorros á Carloman, su hermano, y la negativa con que le respondió, fué entre ellos un germen de desavenencias y de rivalidades. Reducido á sus propias fuerzas, no por eso dejó de someter la Aquitania. Vendido Hunoldo por los suyos y entregado á su enemigo, logró escaparse y entrar en Italia, donde permaneció algun tiempo en un convento de Roma; luego, cuando vió á los francos en guerra con los longobardos, fué á ofrecer á éstos un brazo y un odio, que no habian alcanzado domeñar la edad ni el infortunio. A fin de mantener á la Aquitania en la obediencia, la repartió Cárlos entre condes francos para que la administraran, y construyó junto al Dordoña una fortaleza, llamada despues Fronsac, dentro de la cual bastó un corto número de austrasios para tener á raya un país agotado por tantas guerras.

Cárlos, que cumplia á la sazón veinticinco años, habia adquirido ya madurez en los campamentos y en el gobierno de la Austrasia. De elevada estatura y de majestuoso continente, tenía la tez clara, un vigor á prueba de toda clase de fatigas; de una conversacion viva y animada, impasible en los reveses como en los triunfos, se mostraba respetuoso hácia la religion y amigo de las ciencias; era instruido en todo cuanto se sabia en su tiempo. Cuando todavia no están determinadas las instituciones sociales y cada cual atrae á sí la mayor parte de autoridad que puede, si llega á presentarse sobre el trono un hombre dotado de carácter